dejado, amor mío, ahora os busco, ni quiero a otro que a Vos. Y para que posea vuestra gracia, renuncio todos los bienes *y gustos de* la tierra, renuncio también a mi vida. Vos habéis dicho que amáis a los que os aman. Yo os amo, pues; amadme Vos. Aprecio más vuestro amor que el ser dueño de todo el mundo. Jesús mío, yo no quiero perderos más, pero no puedo fiarme de mí, en Vos confío. Ea pues, estrechadme con Vos y no permitáis que me haya de separar más de Vos. ¡Oh María, Vos me habéis hecho hallar a Dios, a quien perdí algún tiempo, alcanzadme asimismo la santa perseverancia, para lo cual también os digo con san Buenaventura: *En tí, Señor, esperé, jamás seré confundido: In te, Domine, speravi, non confundir in æternum.*

Ejemplos del niño Jesús.

I.

En las crónicas cistercienses [74] se refiere, que viajando en la noche de Navidad cierto monje de Brabante, al pasar por un bosque sintió un gemido como de niño recién nacido; se acercó hacia donde oía la voz, y vió un hermoso infantito en medio de la nieve, que temblando todo de frío lloraba. Movido a compasión el religioso, enternecido se apeó, prontamente,

---

74 Día 24 Nov.

de su cabalgadura; y aproximándose al niño, dice: ¡Oh hijito mío! ¿cómo te hallas aquí tan abandonado en medio de esta nieve, a llorar y morir? Y entonces oyó que le respondía: ¡*Ay de mi!* ¿cómo *puedo* dejar de llorar mientras me veo tan abandonado de todos, y que ninguno me recoge ni tiene *compasión de mí?* Y dicho esto desapareció el niño, dándonos a entender que él era el Redentor, quien con tal visión quiso reprender la ingratitud de los hombres, los cuales viéndolo nacido en una gruta por amor de ellos, le dejan llorar sin que ni aun lo compadezcan.

II.

Cuenta el Pelbarto [75] que cierto militar estaba lleno de vicios, pero tenía una mujer devota; la cual no habiéndolo podido reducir, al menos le recomendó que no dejase de rezar todos los días una Ave María delante cualquier imagen de uestra Señora. Un día, yendo este tal a pecar, pasó por una iglesia, entró casualmente en ella, y viendo la imagen de la santa Virgen le rezó arrodillado el *Ave María;* y enseguida ¿qué es lo que vio? Vio al niño Jesús en brazos de María, todo herido, que arrojaba sangre. Entonces dijo: ¡Oh Dios! ¿qué bárbaro ha tratado de tal manera a este Niño? «Vosotros sois, respondió María, pecadores, los que

75 Stellar. lib. 12, part. ult. c.7.

tratáis así a mi Hijo». Luego el militar arrepentido le pidió le alcanzase perdón, llamándola madre de misericordia; y la Señora dijo: Vosotros, pecadores, me llamáis madre de misericordia, mas no dejáis de hacerme madre de dolores y de miseria. Pero el penitente no decayó de ánimo, siguió rogando a María que intercediese por él. La bienaventurada Virgen se volvió al Hijo y le pidió el perdón para aquel pecador. El Hijo parecía que repugnase; pero al punto le dijo María: Hijo mío, no me separaré de tus pies si no perdonas a este afligido que se encomienda a mí. Entonces respondió Jesús: Madre mía, yo jamás os he negado cosa alguna; ¿deseáis para este el perdón? sea, pues, perdonado, y en señal del perdón que yo le doy, quiero que él mismo venga a besarme estas heridas. Fue el pecador, se acercó, y así como las besaba se cerraban las heridas. De allí, saliendo de la iglesia pidió perdón a su mujer, y de común consentimiento dejaron ambos el mundo y se hicieron religiosos en dos monasterios donde terminaron la vida con una santa muerte.

III.

Refiere el P. Patrignani [76], que hubo en Mesina un noble joven, llamado Domingo Ansalone, el cual solía visitar frecuentemente en cierta iglesia una ima-

76 Tom. IV, ej. 11.

gen de María, la cual tenía en brazos al niño Jesús de relieve, del que estaba enteramente enamorado. Luego Domingo se puso a la muerte. Pidió a los padres con muchísimo deseo que le trajesen a su amado niño, y no pudieron menos de darle este consuelo. Con lo cual todo contento, colocó la imagen en su misma cama, y siempre la estaba mirando afectuosamente, y de cuando en cuando vuelto luego al niño le decía: Jesús mío, tened piedad de mí, y después dirigiéndose a los presentes: ¡Mirad (les decía), mirad qué hermoso es este mi señorito! En la última noche llamó a sus padres, y delante de ellos dijo primeramente al santo Niño: Jesús mío, yo os dejo mi heredero; y después suplicó al padre y a la madre, que de cierta pequeña suma de dinero que él tenía le hiciesen celebrar nueve misas después de su muerte; y con lo restante hicieran un hermoso vestidito a su niño heredero. Antes de espirar, pues, alzando los ojos con rostro alegre, dijo: ¡Oh cuán bello es! ¡oh cuán bello es mi Señor! y así diciendo espiró...

IV.

Refiere el P. Nadasi [77], que habiéndose introducido en un monasterio la devoción de enviar por turno a las religiosas la imagen del niño Jesús un día a cada una,

77 Hebdom. 16 Pueri Jesu.

alguna de aquellas vírgenes, a quien tocó su vez, después de haber estado en larga oración durante el día llegada la noche tomó la imagen y la encerró en un pequeño armario. Mas apenas se había puesto a descansar, cuando el santo Niño daba golpes a la puerta de aquel armario: levantose al instante de la cama la religiosa, y colocando nuevamente la imagen sobre el altarcito, hizo oración un gran rato. Después volvió a encerrarlo; pero el Niño volvió a golpear. Otra vez ella le sacó a fuera, y siguió en orar. Finalmente cansada del sueño, y tomada del Niño la licencia, se acostó en la cama y durmió hasta hacerse de día, y despertando bendijo aquella noche pasada en santa conversación con su amado.

V.

Se halla escrito en el Diario dominicano, a 7 de octubre, que predicando santo Domingo en Roma, había allí una pecadora llamada Catalina la Bella. Recibió esta un rosario de la mano del Santo, y comenzó a rezarlo; pero no dejaba su mala vida. Un día se le apareció Jesús, primero en forma de joven, y después se transformó en un gracioso niño, más con una corona de espinas sobre la cabeza y con la cruz sobre las espaldas, derramando lágrimas de los ojos y sangre del cuerpo, el cual díjola: Basta; no más, Catalina, basta; deja de ofenderme más, mira cuánto me cuestas; pues

que yo he comenzado desde niño a padecer por tí, y no dejaré de padecer hasta la muerte. Catalina fue prontamente a encontrar a santo Domingo, se confesó con él, y dirigida por él mismo, después de haber distribuido todo lo que tenía a los pobres, y haberse encerrado en una angosta celda murallada, se redujo a una vida tan fervorosa y mereció tales favores del cielo, que el Santo quedó admirado. Y finalmente visitada por María santísima logró una felicísima muerte.

VI.

Se dice en la vida del P. Zucchi de la Compañía de Jesús, devotísimo del niño Dios, de cuyas imágenes él se servía para ganar muchas almas al Señor, que un día dió una imagencita de estas a una señorita, la cual por otra parte era de costumbres inocentes, pero estaba lejos de pensar en hacerse religiosa. La doncella aceptó el regalo; pero en seguida sonriendo dijo: ¿Qué he de hacer yo, pues, de este niño? El Padre respondió: Nada más que colocarlo sobre el pasamano o clavel que usais (deleitábase la dama mucho en tañer). Hízolo ella así, y teniendo siempre delante aquel niño, se llegaba a mirarlo muy a menudo, y de mirarlo comenzó a sentir algún movimiento de devoción; de allí se encendió en deseos de ser mejor, de modo que el instrumento le servía más para orar que para tañer. Finalmente se resolvió a dejar el mundo y hacerse reli-

giosa; y al punto toda alegre fue a contar al P. Zucchi que el niño le había atraído a su amor, y separándola de los afectos terrenos la había hecho suya toda. Entró religiosa, y se entregó a una vida de perfección.

VII.

La venerable sor Juana de Jesús y María, franciscana, mientras que un día meditaba la persecución de Jesús por Herodes, oyó un gran ruído como de gente armada que seguía a alguno, y luego vió un hermosísimo niño todo azorado que huía, y le decía: Juana mía, ayúdame, y sálvame. Yo soy Jesús Nazareno, huyo de los pecadores que me quieren quitar la vida y me persiguen peor que Herodes. Sálvame tú [78].

Canciones al niño Jesús en el pesebre.

1.ª

Del estrellado cielo descendiste,
Y en pobre fría gruta tú naciste.
¡Oh divino Infante mi amante!
Yo te veo aquí temblar...
¡Oh Dios humanado!
Y cuánto te costó el haberme amado!...

78 Ap. P. Genov. serv. Dol. di María.

¡Ah! Tú que eres del mundo el Creador,
¡Falto de todo estás aquí, Señor...!
¡Oh Infantito hermoso, precioso!
Cuanto más te miro aquí
De todo falto ahora,
tanto más tu pobreza me enamora...

De Dios Hijo, las delicias de su seno
Las truecas por dormir sobre vil heno...
¡Ah! dulce amor de mi Señor,
¿Quién aquí te transportó?...
¡Oh Jesús niño!,
¿Por qué así padecer? ¡por mi cariño!...

Más, si es tu voluntad aquí sufrir,
¿A qué viene el llorar? ¿a qué el gemir?
¡Ah! Rey amado y adorado,
¡Ya se yo por qué gemís!...
¡Oh! no; no es por dolor
Que gemís y llorasis, es por amor...

Tú lloras porque ves que soy ingrato,
Y gimes porque ves que te maltrato...
Más en mi pecho ya te estrecho
¡Oh mi Dios, mi Rey, mi bien!
Y en adelante
Amor yo te prometo el más constante.

Tú duermes, o mi Dios, más entre tanto
Vela tu corazón amante y santo...
¡Ah! ¡tiernecito Corderito!
¿En qué piensas me dirás?
¡Oh amor inmenso!
En morir por tu amor, respondes, pienso...

Si en morir piensas ya recién nacido
Por mí, ¿podré no amarte, o mi querido?
¡Oh María, esperanza mía!
Sí amo poco a tu Jesús,
Dame tú, tu vivo amor,
Y siempre le amaré con vivo ardor.

2.ª

¡Oh mi dulce Jesús, cuánto te quiero,
¡Pues tan digno te hiciste de mi amor...!
Por tí quiero morir, así lo espero,
¡Pues por mí tú moriste, o mi Señor...!
Adios al mundo digo, pues prefiero
¡Vivir, morir por tí, o mí Salvador...!
Ámote, o mí Jesús, que eres mi amante,
¡Y por hacerte amar naciste infante...!

Tus miembros tiritando están de frío,
Y está tu corazón de amor ardiendo;
Amor te transformó en hermano mío,

Amor te atormentó por mí muriendo;
Amor desarma aquí tu poderío
Prisionero entre fajas ¡ah! gimiendo...
Amor te espera al fin constante y fuerte,
Hasta morir por mí con dura muerte...

Si tanto, pues, me amaste, o caro Infante,
¿Habrá amor para amarte suficiente?
Del pesebre a la cruz ni un solo instante
Dejome de me amar tu pecho ardiente...
¿Te bastará, Señor, que en adelante?
¿Te quiera con amor el más ferviente?
Así lo exiges tú, y yo te prometo
Que de mi amor serás el solo objeto.

MEDITACIONES

PARA

OBSEQUIAR AL CORAZÓN DE JESÚS

COMPUESTAS POR

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

PRÓLOGO DEL AUTOR [79]

La devoción de todas las devociones es el amor a Jesucristo, pensando a menudo en el amor que nos ha tenido y nos tiene aquel amable Redentor. Se lamenta, y con razón, un devoto escritor, al ver que muchas personas se aplican, a practicar diversas devociones, y descuidan esta; cuando en verdad el amor a Jesucristo debe ser la principal, o más bien la única devoción de un cristiano. De este descuido, pues, nace que las almas adelantan tan poco en la virtud, y continúan marchitándose en los mismos defectos, cayendo, frecuentemente en culpas graves; porque atienden poco a adquirir el amor de Jesucristo, que es aquel lazo de oro que une y estrecha las almas con Dios.

79 Se ha omitido en él lo perteneciente al orígen y propagación de esta devoción.

A este solo fin ha venido el Verbo eterno al mundo; para hacerse amar. Y el eterno Padre a este fin también le ha enviado al mundo; para que nos manifestase su amor, y de esta. manera atrajese a sí el nuestro: protestándonos, que en tanto nos ama, en cuanto nosotros amamos a Jesucristo: que además nos dará sus gracias, siempre que se las pidamos en nombre de su Hijo; y entonces nos admitirá en la eterna bienaventuranza, cuando nos encuentre conformes a la vida de Jesucristo: conformidad que nosotros jamás la conseguiremos, ni aun la desearemos, si no nos aplicamos a considerar el amor que nos ha tenido Jesucristo. Este es, *pues, el objeto a que* se dirige la devoción al Corazón de Jesús; la cual no es otra cosa que un ejercicio de amor hacia tan amable Señor, honrando principalmente su corazón como el lugar donde reside el amor, tratándolo no por sí separadamente sino unido a la santa humanidad, y por consiguiente a la divina persona del Verbo.

MEDITACIÓN I.

Corazón amable de Jesús.

Quien da a conocerse amable en todas las cosas, necesariamente se hace amar. ¡Oh! ¡si nosotros estuviésemos atentos a conocer las bellas prendas que concurren en Jesucristo para ser amado! Todos nos halla-

ríamos en la dichosa necesidad de amarlo. Porque ¿qué corazón puede encontrarse más amable que el de Jesús? corazón todo puro, todo santo, todo lleno de amor hacia Dios y hacia nosotros; no siendo otros sus deseos que los de la divina gloria y nuestro bien. Este es aquel corazón en quien halla Dios todas sus delicias, todas sus complacencias. En él reinan todas las perfecciones, todas las virtudes: un amor ardentísimo a Dios su Padre, unido a la mayor humildad y respeto que puedan darse una suma confusión por nuestros pecados, de los cuales él se ha cargado, juntamente con la confianza de su Hijo tiernísimo: un sumo aborrecimiento a nuestras culpas, unido a una viva compasión de nuestras miserias: una extremada pena, junta con una perfecta conformidad a la voluntad divina.

Así es que en Jesucristo se halla todo cuanto puede hacerle amable. Algunos hay que son atraidos a amar a los demás por la belleza, otros por la inocencia; aquellos por las costumbres, estos por la devoción. Mas si hubiese una persona en la que estuviesen reunidas todas estas y otras virtudes, ¿quién podría dejar de amarla? Si aunque de lejos tengamos noticia de hallarse un príncipe extranjero, bello, humilde, cortés, devoto, lleno de caridad, manso con todos? que vuelve bien al que le hace mal; aun sin conocerle, y sin que él nos conozca, al fin nos enamoramos de él y nos vemos obligados a amarle; Jesucristo, pues, que tiene en si mismo todas estas virtudes y cada una en un grado per-

fecto, que además nos ama tiernamente, ¿cómo es posible que sea poco amado de los hombres, y no sea todo él objeto de nuestro amor?

¡Oh Dios! ¡Que Jesús siendo el solo amable, y habiendo dado tantas muestras de su amor hacia nosotros, sea el solo desgraciado (digámoslo así), que no, puede llegar a verse amado de nosotros, como si no fuese bastante digno de nuestro amor! Esto es lo que hacía llorar a las Rosas de Lima, a las Catalinas de Génova, a las Teresas y Magdalenas de Pazzis, las cuales considerando esta ingratitud de los hombres, exclamaban con lágrimas: *El amor no es* amado, el amor *no es amado...*

Afectos y súplicas.

Mi amable Redentor, ¿qué objeto más digno podía vuestro eterno Padre mandarme que amase fuera de Vos? Sois la belleza del paraíso, el amor de vuestro Padre; y en vuestro corazón tienen su asiento todas las virtudes. ¡Oh corazón amable de mi Jesús¡ Vos ciertamente merecéis el amor de todo los corazones, y pobre e infeliz aquel que no os ama. Tal, pues, ¡oh Dios! ha sido mi corazón en todo aquel tiempo que no os he amado: Pero no quiero seguir en seros tan infiel. Yo os amo, y quiero siempre amaros, o Jesús mío. Señor, hasta aquí me he olvidado de Vos, y ahora ¿qué espero? ¿Espero acaso obligaros con mi ingratitud a que no os acordéis absolutamente de mí y me abandonéis?

No, mi amado Salvador, no lo permitáis. Vos sois objeto del amor de un Dios, y ¿no habréis *de se*rlo del amor de un miserable pecador, cual soy Yo? ¡Oh hermosa llama que ardes en el corazón enamorado de mi Jesús! ¡ah! enciende en mi pobre corazón aquel santo y dichoso fuego que desde el cielo vino Jesús a encender sobre la tierra. Reducid a cenizas y destruid todos los afectos impuros que viven en mí corazón y le impiden ser todo suyo. Haced que no viva mas que para amar solamente a Vos, mí Dios y Salvador. Si un tiempo os he despreciado, sabed que ahora sois mi único amor. Yo os amo, yo os amo, yo os amo, ni quiero amar a otro que a Vos. Mi amado Señor, no os desdeñéis de aceptar por amante un corazón que os ha causado amarguras. Sea vuestra gloria hacer ver a los Ángeles que arde de amor por Vos un corazón que algun tiempo os ha esquivado y vilipendiado. Virgen santísima María y esperanza mía, ayudadme, y rogad a Jesús que con su gracia me haga cual él, mismo desea.

MEDITACIÓN II.

Corazón amante de Jesús.

¡Oh si comprendiésemos el amor para con nosotros que arde en el corazón de Jesús! Tanto nos ha amado, que si se uniesen todos los hombres, todos los Ángeles y todos los Santos con todas sus fuerzas, no compon-

drían la milésima parte del amor que nos tiene Jesús. Él nos ama inmensamente más que nosotros mismos, pues nos ha amado hasta el exceso; de cuyo amor manifiesto en su pasión hablaron anticipadamente Moisés y Elías en el monte, y después se consumó en Jerusalén. Porque en verdad ¿qué mayor exceso que morir un Dios por sus criaturas? Con esto él nos ha amado hasta el extremo, como nos dice san Juan: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*. Nos ha amado desde la eternidad; de modo que no ha habido momento en ella en que Dios no haya pensado en nosotros, y no nos haya amado a todos y cada uno en particular, habiendo elegido para nuestra redención una vida penosa y una muerte de cruz. De aquí es que nos ha amado más que a su honor, más que a su reposo, y más que a su vida; pues todo lo ha sacrificado para mostrarnos el amor que nos tiene. Y esto ¿no es exceso de caridad que hará pasmar a los Ángeles y al paraíso por toda una eternidad? El mismo amor le ha llevado aun a estarse con nosotros en el Sacramento como en trono de amor; porque allí permanece en la apariencia de un poco de pan, encerrado en un copón, donde parece quede en un lleno aniquilamiento de su majestad, sin movimiento y sin uso de los sentidos. Así que, allí podría decirse, que no hace otro oficio sino el de amar a los hombres. El amor hace desear la continua presencia de la persona amada, y este amor y deseo hizo a Jesucristo quedarse con nosotros en el Sacramento.

Pareció muy breve tiempo a este Señor el haber estado por solos treinta y tres años entre los hombres en esta tierra; por lo que, para atestiguar su deseo de permanecer siempre con nosotros, estimó necesario hacer el más grande de todos los milagros, cual fue la institución de la Eucaristía. Pero la obra de la redención se había cumplido; los hombres habian sido reconciliados con Dios; ¿a qué, pues, quedarse sobre la tierra en este Sacramento? ¡Ah! es porque Jesús no sabe separarse de nosotros, diciendo que con los hombres halla sus delicias. Este amor le ha inducido finalmente a hacerse el alimento de nuestras almas para unirse con nosotros y hacer de nuestros corazones y del suyo una misma cosa, como nos lo asegura por aquellas palabras: *El que come mi carne en mí mora, y yo en él* [80]. ¡Oh pasmo! ¡oh exceso del amor divino! Decía un siervo de Dios: Si alguna cosa pudiera destruir mi fe acerca del misterio de la Eucaristía, no sería la duda de como el pan se convierte en carne, ni cómo Jesús está a un mismo tiempo en muchos lugares y en todos reducido a tan corto espacio; porque respondería que Dios todo lo puede. Mas si se me pregunta, ¿como amó tanto a los hombres, que haya llegado a hacerse su comida? no tendría otra cosa que responder sino que esta es una verdad de fe superior a mi inteligencia, y que el amor de Jesús no puede comprenderse.

---

80 Joan. VI, 57.

¡Oh amor de Jesús! haceos comprender de los hombres, y haceos amar.

Afectos y súplicas

¡Oh corazón adorable de mí Jesús! corazón enamorado de los hombres, corazón creado de intento para amar a los hombres. ¡Ah! y cómo podeis ser tan mal correspondido y vilipendiado de los mismos? ¡Ah! miserable de mí, que he sido también uno de estos ingratos! no os he sabido amar. Perdonadme, Jesús mío, este gran pecado de no haber amado a Vos, que sois tan amable y tanto me habéis amado; ¿qué tenéis más que hacer para oblígarme a amaros? Yo veo que por haber renunciado un tiempo a vuestro amor, merecería ser condenado a no poder ya más amaros. Pero no, mí caro Salvador, dadme todo otro castigo menos este. Concededme la gracia de amaros, Y después dadme cualquiera pena que merezca. Mas ¿cómo puedo temer castigo alguno cuando oigo que seguís intimándome el dulce y precioso precepto de amaros a Vos, mi Señor y mi Dios? Si quereís, pues, ser amado por mí, yo no quiero tampoco amar a otro que a Vos. ¡Oh amor de mi Jesús! Vos sois mi amor. ¡Oh corazón inflamado de Jesús! inflamad también el mío. No permitáis que en lo venidero haya de vivir ni aun por un momento privado de vuestro amor. Dadme antes la muerte, destruidme, no hagáis ver al mundo esta ho-

rrenda ingratitud, que yo, tan amado de Vos y después de tantas gracias y luces que me habéis concedido, haya de nuevo de despreciar vuestro amor. No, Jesús mío, no lo permitáis. Espero en la sangre que por mí habéis derramado, que yo siempre os amaré y Vos me amaréis, y que este lazo de amor entre mi y Vos no se romperá jamás y durará en la eternidad. ¡Oh Madre del amor hermoso, María! Vos, que tanto deseáis ver amado a Jesús, ligadme, estrechadme con vuestro Hijo, pero estrechadme tanto que yo no pueda verme nunca separado de este Señor.

MEDITACIÓN III.

Corazon de Jesús deseoso de ser amado.

Jesús no tiene necesidad de nosotros; Con nuestro amor y sin él es igualmente feliz, poderoso; y esto hizo decir a santo Tomás: «Jesucristo porque nos amó desea tanto nuestro amor, como si el hombre fuese su Dios, y la felicidad suya dependiese de la del hombre». El santo Job se pasmaba, y decía: *¿Qué cosa es el hombre, para que le engrandezcas, o por qué pones sobre él tu corazón* [81]? ¿Cómo un Dios desear y buscar con tanta premura el amor de un gusano? Gran favor habría sido que Dios solamente nos hubiese permitido amarle. Si

81 Job, VII, 17.

un vasallo dijese a su rey: «Señor y o os amo», hubiese pasado por un temerario. Pues ¿qué se dijera sí el Rey hablase a su vasallo en estos términos: «¿yo quiero que me ames?» A esto no se abajan los príncipes de la tierra; pero Jesús del cielo es el que nos pide con tanto empeño nuestro amor, y con tanto apremio nuestro corazón, diciéndonos: Dame, *hijo, tu corazón: Praebe, fili mi, cor tuum* [82]. Y si alguna vez se ve desechado de un alma, él no se marcha, sino que se coloca fuera la puerta del corazón, y llama y golpea para entrar, y le ruega que abra, llamándola esposa y,hermana: «Ábreme, hermana mía, esposa mía», le dice. En suma, Jesús halla sus delicias en verse amado de nosotros, y todo se consuela cuando un alma le dice y le repite con frecuencia: «Mi Dios, yo os amo».

Todo esto es efecto del grande amor que nos tiene, porque quien ama, necesariamente desea ser amado. El corazón pide el corazón, el amor busca amor. ¿Para qué ama Dios sino para ser amado? dice san Bernardo; y antes lo dice Dios mismo: *¿Qué te pide el Señor Dios tuyo sino que le temas y le ames* [83]*?* Por esto nos hace saber que él es aquel buen pastor, quien encontrando la oveja perdida llama a todos para que se congratulen con él: nos hace saber también que él es aquel padre que cuando vuelve un hijo perdido a sus pies, no solo le perdona, sino que le abraza tiernamente. Nos

82 Prov. XXIII.
83 Deut. X, 12.

dice últimamente: que quien no le ama queda condenado a, la muerte; y al contrario, él que le ama, mora en el y le posee. Luego ¿tantos ruegos, tantas instancias, tantas amenazas y promesas no nos moverán a amar a Dios, que tanto desea ser amado de nosotros?

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, os diré con san Agustín, Vos me mandáis que os ame, y si no os amo me amenazáis con el infierno; pero, ¿qué infierno más horrible, que desgracia más grande puede sucederme que ser privado de vuestro amor? Si queréis, pues, aterrarme, amenazadme solamente con que he de vivir sin amaros, porque esta sóla amenaza me espanta más que mil infiernos. Si en medio de sus llamas pudiesen los condenados arder en vuestro amor, el infierno se convertiría en un paraíso; y si al contrario los bienaventurados en el cielo no pudiesen amaros, el paraíso vendría a ser un infierno. Así san Agustín.

Veo ya, mí amado Jesús, que yo por mis pecados merecería ser abandonado de vuestra gracia, y con esto condenado a no poder amaron más; pero oigo que Vos seguís mandándome que os ame, y siento un gran deseo de amaros. Este mi deseo es un don de vuestra gracia que Vos me dais. Dadme también la fuerza de ejecutarlo, y haced que de veras y con todo el corazón de hoy en adelante os diga y repita siempre: Mi Dios, yo os amo,

yo os amo, yo os amo. Olvidaos, Señor, de los disgustos que hasta aquí os he dado. Amémonos siempre; yo nunca os dejaré, y Vos tampoco me dejéis. Amado Salvador mío, vuestros méritos son mi esperanza: Ea pues, haceos amar siempre, y haceos amar debidamente de un pecador que os ha ofendido muchísimo. ¡Virgen inmaculada María, ayudadme, rogad a Jesús por mí!

MEDITACIÓN IV.

Corazón dolorido de Jesús.

No es posible considerar cuánto fue poseído del dolor el corazón de Jesús en esta tierra por nuestro amor; sin compadecerlo él mismo nos dió a entender que su corazón llegó a estar afectado de tanta tristeza, que ella sola habría bastado para quitarle la vida y hacerle morir de puro dolor, si la virtud de su divinidad no hubiese impedido milagrosamente la muerte. El mayor dolor que afligió al corazón de Jesús, no fue ciertamente la vista de los tormentos y de los vituperios que los hombres le preparaban, sino el ver la ingratitud de ellos a su amor. Previó ya distintamente todos y cada uno de los pecados que habíamos de cometer después de tantas penas, y de una muerte tan amarga e ignominiosa como padeció. Previó especialmente las horrendas injurias que habían de hacer los hombres a su corazón adorable, que nos dejaba por testimonio de

su afecto en el santísimo Sacramento. ¡Oh Dios! y, ¿qué ultrajes no ha recibido en él por parte de los hombres? ¿Quién le ha hollado, quién le ha arrojado a los albañales, quién se ha servido del mismo para hacer obsequio al demonio...? Y no obstante, la vista de estos desprecios no le impidió el dejarnos esta gran prenda de amor. Aborrece Jesús sumamente el pecado, pero su amor hacia nosotros parece que haya superado el odio que tiene al pecado, habiendo querido permitir tantos sacrilegios antes que privar de este alimento divino a las almas que le aman. Y todo esto ¿no serán bastante para rendirse a amar a un corazón que tanto nos ha amado? ¿Acaso Jesucristo no ha hecho cuanto era necesario para merecerse. nuestro amor? ¡Ingratos! ¿Dejaremos aun abandonado a Jesús sobre el altar, como hacen la mayor parte de los hombres? y ¿no nos uniremos más presto con aquellas pocas almas devotas que lo saben hacer conocer hasta derretirse de amor como las antorchas que arden al rededor de su sagrado tabernáculo? Allí está el corazón de Jesús ardiendo de amor por nosotros; y nosotros en su presencia ¿no arderemos de amor por Jesús?

Afectos y súplicas.

¡Oh adorado y mi amado Jesús! ved a vuestros piés al que tanto dolor ha causado a vuestro corazon. ¡Oh Dios! y ¿cómo he podido yo llenar de amargura aquel

corazón que tanto me ha amado, y que nada ha perdonado para hacerse amar de mí? Mas, diré así «Consolaos, Salvador mío, sabed que mi corazón herido por gracia de vuestro santo amor experimenta al presente tanta pena por los disgustos que os ha dado, que quisiera morir de dolor. ¡Oh! ¡quién me diese, «Jesús mío; sentir aquel dolor de mis pecados que Vos tuvisteis en vuestra vida!». Eterno Padre, yo os ofrezco la pena y aborrecimiento que de mis culpas tuvo vuestro Hijo; y por esto os ruego me deis un sentimiento tan grande de las ofensas cometidas por mi, que me haga vivir siempre afligido, pensando haber despreciado un tiempo vuestra amistad. Y Vos, Jesús mío, de hoy en adelante dadme un horror tal al pecado, que me haga aborrecer aun las culpas más ligeras, considerando que os desagradan a Vos, que no merecéis disgusto alguno, sino sólo un amor infinito. Amado Salvador mío, ahora yo detesto todo aquello que os desagrada, y para lo sucesivo no quiero sino a Vos, y aquello que amáis Vos. Ayudadme, dadme fuerza, dadme la gracia de invocaros siempre, o mí Jesús, y de repetiros siempre esta súplica «Jesús mío, dadme vuestro amor, dadme vuestro amor, dadme vuestro amor». Y Vos, María santísima, alcanzadme la gracia de rogaros siempre, y deciros: Madre mía, hacedme amar a Jesucristo.

MEDITACIÓN V.

Corazón piadoso de Jesús.

Y ¿dónde podremos jamás hallar un corazón más piadoso y más tierno que el de Jesús, y que haya tenido más compasión de nuestras miserias? Vista piedad le hizo bajar del cielo a la tierra. Lo mismo hízole decir, que él era el buen pastor venido a dar la vida por salvar a sus ovejas; el que por alcanzarnos perdón a nosotros pecadores, no perdonó a sí mismo, y quiso sacrificarse sobre la cruz para satisfacer con su pena el castigo que a nosotros debido era. Esta compasión y esta piedad le hace decir aun al presente como antiguamente a Israel por su Profeta: *¿Por qué habéis de morir? convertíos y viviréis* [84]. Pobres hijos míos, ¿por qué os queréis condenar huyendo de mi? ¿No veis que separándoos de mí correis a la muerte eterna? Yo no quiero veros perdidos; no desconfiéis. Siempre que queráis volver a mí, volved y recobraréis la vida: *Revertimini et vivite.* La misma piedad le hace manifestar a Jesús que él es aquel padre amoroso, quien, aunque se vea despreciado del hijo, si este vuelve arrepentido, no sabe desecharlo, sino que le abraza tiernamente y se olvida de todas las injurias recibidas. No se conducen así los hombres; los cuales, aunque perdo-

84 Ezech. II

nen, no obstante siempre retienen la memoria de la ofensa recibida, y se sienten movidos a la venganza; y si por el temor a Dios la suspenden, cuando menos experimentan una gran repugnancia en conversar y entretenerse con aquellas personas que los han vilipendiado. ¡Ah Jesús mío! Vos perdonáis a los pecadores arrepentidos, y no rehusáis daros todo a ellos en la santa Comunión, durante la vida presente, y todo también después en la venidera del cielo por medio de la gloria, sin conservar la más mínima repugnancia de tener entre vuestros brazos aquella alma que os ha ofendido, y por toda una eternidad. Y ¿dónde puede hallarse corazón tan amable y tan piadoso como el vuestro, o mi adorado Salvador?

Afectos y súpilcas.

Corazón piadoso de Jesús, tened compasión de mi, os digo ahora, y dadme la gracia de decirlo siempre. Jesús dulcísimo, tened piedad de mi. Antes que yo os ofendiese, oh mí Salvador, no merecía ninguna de tantas gracias que me habéis hecho. Vos me habéis críado, me habéis dado tantas luces, todo sin algun mérito mío. Mas después que os he ofendido, no sólo no era digno de favores, sino que merecía vuestro abandono y el infierno. Vuestra piedad ha hecho que esperáseis, y me conserváseis la vida cuando yo estaba en desgracia con Vos. Vuestra piedad me ha iluminado é invitado al per-

dón. Ella me ha dado dolor de mis pecados, ella el deseo de amaros; y ahora espero ya por vuestra piedad de hallarme en vuestra gracia. Ea pues, Jesús mío, no dejeis de seguir usando conmigo de piedad. La misericordia que os pido es que me deis luces y fuerzas para no seros mas ingrato. No, amor mío, no pretendo que me hayáis de perdonar si vuelvo a daros las espaldas. Esta, sería una presunción que os impediría usar más de misericordia conmigo. Y ¿qué piedad debería esperar yo de Vos si ingrato despreciase de nuevo vuestra misericordia y me apartase de Vos? No, Jesús mío, yo os amo, quiero siempre amaros, y esta es la misericordia que espero y solicito de Vos. Os ruego también, o madre mía María, no permitáis que yo haya de separarme de mi Dios.

MEDITACIÓN VI

Corazón liberal de Jesucristo.

Es propio de las personas de buen corazón desear contentar a todos, especialmente a los más necesitados y afligidos. ¿Dónde, pues, se podrá encontrar jamás una persona de mejor corazón que Jesús? Él, por cuanto es bondad infinita, tiene un deseo sumo de comunicarnos sus riquezas, las cuales, dice, posee para enriquecer a los que lo aman. Y a este fin se ha hecho pobre, dice el Apóstol, para hacernos ricos con su pobreza. A este fin también ha querido quedarse con no-

sotros en el Santísimo Sacramento, donde en todo tiempo está con las manos llenas de gracias (segun fue visto por el P. Baltasar Álvarez) para dispensarlas a quien viene a visitarlo. A este fin últimamente se da todo a nosotros en la santa Comunión para hacernos entender que no sabrá negarnos sus bienes mientras llegue a dársenos todo a sí mismo. Así que, en el corazón de Jesús nosotros hallamos todo bien, toda gracia que deseamos; razón por la que nos dice san Pablo: *En todas las cosas sois enriquecidos en Jesucristo, de manera que nada os falte en ninguna gracia.* Y entendamos que nosotros somos deudores al corazón de Jesús de todas las gracias recibidas, de la redencion, de la vocación, de las luces, del perdón, de la ayuda en resistir las tentaciones, del sufrimiento en las adversidades. Sí, porque sin su socorro nada podíamos hacer de bueno. Y si hasta aquí, dice el Señor, vosotros no habéis recibido más gracias, no os quejeis de mí, quejaos de que os habéis descuidado de pedírmelas. ¡Oh! y ¡cómo es rico y liberal el corazón de Jesús para todo el que recurre a él! ¡Oh cuán grandes son las misericordias que reciben las almas siempre atentas a buscar ayuda en Jesucristo¡ *porque tú, Señor*, diré con David, *eres suave y apacible y de mucha misericordia para los que te invocan!*.[85] Vamos, pues, siempre a este corazón, pidamos confiadamente, y lo alcanzarémos todo.

85 Psalm. LXXXV, 5.

Afectos y súplicas.

¡Ah Jesús mío! Vos no habéis repugnado de darme la sangre y la vida, y ¿repugnaré yo de daros mí corazón miserable? No, mi amado Redentor, yo os lo ofrezco todo, os doy toda mí voluntad; aceptadla y disponed de ella a vuestro placer. No tengo ni puedo cosa alguna; pero tengo este corazón que me habéis dado, del cual ninguno puede priva*rme*. Puedo ser privado del vestido, de la sangre, de la vida, pero nunca del corazón. Con él yo puedo y quiero amaros. Ea, pues, Dios mío, enseñadme la perfecta abnegación de mi mismo; enseñadme lo que debo hacer para llegar a vuestro puro amor, del cual por vuestra bondad me habéis inspirado los deseos. Yo siento en mí una voluntad resuelta a agradaros, pero para ejecutarla, espero de Vos, y pido la ayuda. A Vos toca, amante corazón de Jesús, hacer todo vuestro mi pobre corazón que hasta aquí os ha sido tan ingrato y privado por su culpa de vuestro amor. Haced, pues, que esté todo inflamado por Vos, a la manera que el vuestro está encendido todo por mi: que mi voluntad se halle unida toda a la vuestra, de modo que yo no quiera sino lo que Vos quereis; y de hoy en adelante vuestra santa voluntad sea la regla de todas mis acciones, de todos mis pensamientos y de todos mis deseos. Yo espero, Señor, que no me negaréis vuestra gracia para ejecutar esta mi resolución que hago hoy a vuestros piés, de abrazar

con gusto cuanto dispongais de mi y de mis cosas, así en vida como en muerte. Feliz Vos, o María inmaculada, que tuvísteis el corazón siempre y enteramente conforme al de Jesús. Ea, pues, Madre mía, alcanzadme que por lo venidero no quiera ni desee otra cosa sino lo que quiera Jesús y querais Vos.

MEDITACIÓN VII.

Corazón agradecido de Jesús.

Es de tal manera agradecido el corazón de Jesús, que no sabe ver alguna obra nuestra, por mínima que sea, practicada por su amor, alguna insignificante palabra dicha por su gloria, algun pensamiento deliberado de su agrado, sin darnos a cada uno la merecida recompensa. Por otra parte, es tan agradecido, que siempre da el ciento por uno. Los hombres que se precian de tales, si recompensan cualquier beneficio lo hacen una vez, se quitan la obligación (como suele decirse), y después no piensan más en ello. Jesucristo no obra así con nosotros. Todo acto nuestro bueno, hecho por complacerle, no sólo lo recompensa centuplicadamente en esta vida; sino que en la otra lo premia infinitas veces todos los momentos y por toda una eternidad. Y ¿quién será tan descuidado que no haga cuanto pueda por contentar este corazón tan agradecido? Pero ¡oh Dios! ¡de qué manera atienden los hombres a complacer a Jesucristo!

Diré mejor, ¡cómo podemos ser nosotros tan íngratos con este Salvador nuestro! Si él no hubiese derramado más que una sola gota de sangre, una sola lágrima por nuestra salvacion, aun así le estaríamos infinitamente obligados; pues que esta gota y esta lágrima serían también de un infinito valor ante Dios, para alcanzarnos toda gracia. Mas, Jesús ha querido emplear por nosotros todos los momentos de su vida, nos ha dado todos sus méritos, todas sus penas, las ignominias, toda la sangre y la vida; así que, no una, sino infinitas obligaciones tenemos de amarle. Pero ¡ay de mí! ¡que nosotros somos agradecidos aun con las bestias que nos muestran alguna señal de cariño, y sólo somos ingratos con Dios! Sus beneficios parece que mudan de naturaleza para con los hombres, y vienen a ser malos tratamientos cuando en vez de gratitud y de amor solo reportan ofensas e injurias. Iluminad, o Señor, a estos ingratos para que conozcan el amor que Vos les tenéis.

Afectos y súplicas.

¡Oh amado Jesús! ved a vuestros pies el ingrato. Yo he sido, ciertamente agradecido con las criaturas; únicamente con Vos no lo he sido, con Vos, digo, que habéis muerto por mí, y no habéis tenido más que hacer para ponerme en obligación de amaros. Me consuela y anima el tratar con un corazón de bondad y misericordia infinita, que nos protesta olvidarse de todas las ofensas de

quien se arrepiente y le ama. Mi amado Jesús, hasta aquí yo os he ofendido, os he despreciado pero ahora os amo sobre todas las cosas más que a mí mismo. Decid qué es lo que queréis de mí, que estoy pronto a ejecutarlo con vuestra gracia. Creo que me habéis criado, me habéis dado la sangre y la vida por amor mío: creo también que por mí os habéis quedado en el Santísimo Sacramento; os doy de ello las gracias, amor mío. ¡Ah! no permitáis que en lo sucesivo sea yo ingrato a tantos beneficios y testimonios de vuestro amor. Ligadme, estrechadme a vuestro corazón, y no permitáis que yo en la vida que me resta haya de daros más disgustos y amarguras. Basta, Señor mío, cuanto os he ofendido: ahora quiero amaros. ¡Oh si volviese a recuperar mis años perdidos! Pero no, que estos no vuelven ya, y poca será la vida que me queda. Mas, sea poca o mucha, ¡Dios mío! el tiempo que me resta vivir todo lo quiero emplear en amar a Vos, sumo bien, que mereceis un amor eterno e infinito. María, madre mía, no permitáis que Yo haya de ser más ingrato a vuestro hijo. Rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN VIII

Corazón de, Jesús despreciado.

No hay mayor pena para un corazón que ama, cual lo es el ver despreciado su amor; y tanto más cuanto las demostraciones de este amor han sido grandes y a

su vez es grande la ingratitud. Sí cada hombre renunciase a todos sus bienes y se fuese a vivir en un desierto, alimentándose de yerbas, durmiendo sobre la tierra, castigando su cuerpo con la penitencia, y finalmente se hiciese despedazar por Jesucristo, ¿qué recompensa daría a la sangre, a la vida, que este grande Hijo de Dios ha ofrecido por su amor? Si nosotros nos sacrificásemos hasta la muerte todos los momentos, aun así no podríamos recompensar en la más pequeña parte el amor que Jesucristo nos ha manifestado al dársenos en el Santísimo Sacramento. ¡Un Dios colocarse bajo las especies de un poco de pan, y hacerse alimento de una criatura! Pero ¡oh! ¿cuál es la recompensa que dan los hombres a Jesucristo? ¿cuál es? malos tratamientos, desprecios de sus leyes y sus máximas, injurias tales, que no las harian a un enemigo suyo, a un esclavo, o al peor villano de la tierra. Y ¿podrémos nosotros pensar en estos malos tratamientos, que ha recibido y recibe todos los días Jesucristo sin sentir pena y sin procurar con nuestro amor corresponder al inmenso que nos tiene su corazón divino? ¿Podremos ser indiferentes al deseo que nos muestra en ese Sacramento de comunicarnos todos sus bienes, y dársenos todo a si mísmo, estando pronto para recibirnos en su corazón siempre que vayamos a él?

Nos hemos acostumbrado a oir nombrar creación, encarnación, redención: Jesús nacido en un establo, Jesús muerto en cruz; por esto ninguno de tantos be-

neficios nos causa impresion. ¡Oh Dios! Si supiéramos que otro hombre nos había hecho alguno de ellos, no podríamos menos de amarlo. Solo Dios parece que tenga (digámoslo así) esta mala suerte con los hombres; quien no teniendo más que hacer para atraerse el amor de ellos, no puede llegar a este intento; y en vez de ser amado, se ve vilipendiado y pospuesto. Todo nace de la falta que tienen los hombres de amor a este Dios.

Afectos y súplicas.

¡Oh corazón de mi Jesús, abismo de misericordia y de amor! ¿cómo a vista de la bondad que conmigo habéis usado, y de la ingratitud con que os he correspondido yo, no muero y no me deshago de dolor? Vos, Salvador mío, después de haberme dado el ser me habéis dado toda vuestra sangre y la vida, entregándoos a las ignominias y a la muerte por amor mío; y no contento de esto habéis además inventado el modo de sacrificaros todos los días por mí en el sagrado altar, no rehusando exponeros a las injurias que debíais recibir y que ya preveíais en el Sacramento de amor. ¡Oh Dios! ¿cómo puedo verme, pues, tan ingrato a Vos sin morir de confusión? ¡Ah Señor! poned fin a mis ingratitudes hiriéndome el corazón con vuestro amor y haciéndome todo vuestro. Acordaos de la sangre y de las lágrimas que habéis derramado por mí y perdonadme. ¡Oh! ¡no sean perdidas para mí tantas penas vuestras!

Pero Vos, aunque me hayáis visto tan ingrato e indigno de vuestro amor, no habéis dejado de amarme hasta en aquel tiempo en que yo no os amaba y ni siquiera deseaba que me amáseis. ¿Cuánto más, pues, debo esperar yo vuestro amor ahora, que no quiero otro, ni suspiro sino por amaros y ser amado de Vos? Ea, pues, Señor, satisfaced de lleno este mi deseo; diré mejor este deseo vuestro, porque Vos sois quien me lo dais. Haced que este día sea el de mi total conversión, de manera que comience a amaros para no cesar jamás. Haced que yo muera en todo a mí mismo para no vivir sino para Vos y para arder siempre de vuestro amor ¡Oh María! feliz vuestro corazón, que cual el de Jesús estuvo siempre inflamado del divino amor. Madre mía amada, hacedme semejante a Vos. Rogadle a vuestro Hijo, que se goza de honraros con no negaros nada de cuanto le pedís.

MEDITACIÓN IX.

Corazón fiel de Jesús.

¡Oh! y qué fiel es el bello corazón de Jesucristo con aquellos que llama a su santo *amor: Fiel es, dice san Pablo* [86], *el que os ha llamado; el cual también lo cumplirá.* Su fidelidad nos da la confianza de esperarlo

86 I Thes. V, 24.

todo, aunque nada merezcamos. Si hemos desechado a Dios de nuestro corazón, abrámosle la puerta, y entrará al momento según su promesa: *Sí alguno me abriese la puerta, entraré a él* [87]. Si querernos gracias, pidámoslas a Dios en nombre de Jesucristo, pues él nos ha prometido que las obtendremos. Si somos tentados, confiemos en sus méritos, que no permitirá nos combatan nuestros enemigos sobre nuestras fuerzas.

¡Oh! ¡cuánto mejor es tratar con Dios que con los hombres! ¡Cuántas veces los hombres prometen, y después faltan, o porque mienten al prometer o porque después de la promesa mudan de voluntad! No es Dios como el hombre, dice el Espíritu Santo, para que mienta, ni como el hijo del hombre para que se mude [88]. Dios no puede ser infiel en sus promesas; porque no puede mentir siendo la misma verdad, ni puede mudar la voluntad, porque todo aquello que quiere es recto y justo. Ha prometido, pues, recibir a todo el que viene a él, dar ayuda a quien se la pide, amar a quien le ama, y después ¿no lo hará? ¡Oh si fuésemos nosotros fieles con Dios como él lo es con nosotros! Hasta aquí ¡cuántas veces le hemos prometido ser suyos, servirle y amarle, y después le hemos hecho traición; y despidiéndonos de su servicio nos hemos vendido por esclavos del demonio! ¡Ah! pidámosle que nos dé fuerza para serle fieles en lo sucesivo. ¡Oh! ¡felices noso-

---

87 Apoc. III, 2.
88 Num. XXIII, 19.

tros si fuésemos fieles a Jesucristo en aquellas pocas cosas que ordena! Este Señor será fiel en remunerarnos con premios muy grandes, y nos hará oir aquello que ha prometido a sus siervos fieles: *Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor*[89].

Afectos y súplicas.

Amado Redentor mío, ¡oh, si hubiese yo sido fiel con Vos, como lo habéis sido conmigo! Siempre que he abierto mi corazón, Vos habeís entrado a perdonarme y a recibirme en vuestra gracia: siempre que os he llamado habéis corrido a ayudarme. Vos habéis estado fiel conmigo, pero yo he estado muy infiel con Vos; os he prometido serviros, y después os he vuelto tantas veces las espaldas; os he prometido mi amor, y después tantas veces os he negado: como si Vos, mi Dios, que me habéis creado y redimido fueseis menos digno de ser amado que las criaturas, y aquellos mis gustos miserables por los que os *he* dejado. Perdonadme, Jesús mío: conozco mi ingratitud y la aborrezco: conozco que Vos sois bondad infinita, que mereceis un amor infinito especialmente de mí, que después de tantas ofensas que os he hecho me habéis amado tanto. ¡Pobre de mí si me condenase! Las gracias que me habéis

89 Matth. XXV, 21.

hecho y las señales de afecto especial que me habéis mostrado, serían, oh Dios, el infierno de mi infierno. ¡Ah! no, amor mío, tened piedad de mí, no permitáis que yo os vuelva a dejar; y que después condenándome según mereciera, hubiese yo de seguir en el infierno a pagar con injurias y odio el amor que me habéis tenido.

Ea, pues, corazón enamorado y fiel de Jesús, inflamad el miserable corazón mío para que arda por Vos como Vos ardéis por mí. Jesús mío, al presente parece que yo os amo, pero os amo poco; haced que os ame conforme es debido y que os sea fiel hasta la muerte. Esta gracia os pido juntamente con la de seguir siempre en pedirla. Hacedme morir antes que yo os haya traición de nuevo. ¡Oh María, madre mía! ayudadme a ser fiel a vuestro Hijo.

Canción al Sagrado Corazón de Jesús.

Vuela, sí, vuela, alma mía,
De Jesús al corazón,
Y en esta dulce prisión
Hallarás la libertad.
¿No ves que por todas partes
Te persiguen, pobrecita?
Vuela al Arca, o palomita,
Y hallarás seguridad.

¿Por qué tardas en hacerlo?
Deja el mundo y sus embustes,
Y otra cosa ya no gustes
Que lo que Dios solo da:
¡Oh Jesús! dame acogida
En *tu pecho* amante, amado;
Que desecho ya el pecado,
Y al mundo aborrezco ya.

Nada más quiero que amarte,
Y amándome tú también,
En tí solo el sumo bien
Podré hallar unida a tí:
Y sí, encerrada en tu pecho,
De morir es ya mí suerte,
Tan feliz y dulce muerte
Será vida para mí.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRITA

Pág.
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR. 5

MEDITACIONES PARA TODOS LOS DÍAS DE ADVIENTO HASTA LA NOVENA DEL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Meditación - I 13
Meditación - II 16
Meditación - III 19
Meditación - IV 22
Meditación - V 26
Meditación - VI 29
Meditación - VII 32
Meditación - VIII 35
Meditación - IX 38
Meditación - X 41
Meditación - XI 44
Meditación - XII 47
Meditación - XIII 50
Meditación - XIV 53
Meditación - XV 56
Meditación - XVI 58
Meditación - XVII 61
Meditación - XVIII 63

MEDITACIONES PARA LOS NUEVE DÍAS ANTES DE LA NATIVIDAD.

Meditación - I 66
Meditación - II 69

Meditación - III 73
Meditación - IV 75
Meditación - V 78
Meditación - VI 81
Meditación - VII 85
Meditación - VIII 88
Meditación - IX 91

MEDITACIONES PARA LA OCTAVA DE NATIVIDAD HASTA LA EPIFANÍA.

Meditación I - DelNacimiento de Jesús 95
Meditación II - Jesús nace niño 98
Meditación III - De Jesús en fajas 101
Meditación IV - De Jesús que toma leche 104
Meditación V - De Jesús sobre la paja 108
Meditación VI - De Jesús que duerme 111
Meditación VII - De Jesús que llora 114
Medítación VIII - Del nombre de Jesús 116
Meditación IX - De la soledad de Jesús en el establo 119
Meditación X - De las ocupaciones del niño Jesús en el establo de Belén 122
Meditación XI - De la pobreza del niño 125

MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA.

Meditación I - De la adoración de los Magos 129
Meditación II - De la presentación de Jesús al templo 131
Meditación III - De la huida de Jesús á Egipto 134
Meditación IV - De la mansion de Jesús en Egipto 137
Meditación V -De la vuelta de Jesús de Egipto 140
Meditación VI -De la morada de Jesús en Nazaret 143
Meditación VII - Continúa el mismo asunto 146
Meditación VIII - De la pérdida de Jesús en el templo 148
Ejemplos del niño Jesús 151